

LA INMORTALIDAD DE DRÁCULA:
HISTORIA, LEYENDA, IDEACIONES...

DAN MUNTEANU COLÁN
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Drácula es un personaje real del siglo XV: príncipe de Valaquia, valiente luchador contra el Imperio Otomano por la independencia de su país, justo, pero muy cruel con los enemigos, cualidades que le confieren la inmortalidad de los personajes históricos. Protagonista de creaciones literarias ya en su vida, se convierte en leyenda y adquiere la inmortalidad del vampiro gracias a Stoker. Y, a la vez, la inmortalidad de los personajes de leyenda, literarios, pictóricos, musicales y cinematográficos, gracias a las numerosas creaciones artísticas inspiradas en su figura.

ABSTRACT

Dracula is a real character of the fifteenth century: prince of Valaquia, a brave fighter against the Ottoman Empire for the independence of its country, just, but very cruel with his enemies, qualities that conferred him the immortality of the historical characters. Protagonist of literary creations already during his life, becomes a legend and acquires the immortality of a vampire thanks to Stoker. And, at one time, the immortality of legendary, literary, pictorial, musical and cinematographic characters, thanks to numerous artistic creations inspired in his figure.

El viajero que, cansado del bullicio de la gran metrópoli, decide dar una vuelta por los alrededores de Bucarest, capital de Rumanía, y recorre unos cuarenta kilómetros hacia el norte, llegará fácilmente al lago Snagov, donde, en un pequeño islote, se alza el monasterio del mismo nombre, construido en el siglo XV. En aquel entonces, el monasterio era un importante centro cultural de Valaquia (o País Rumano), principado que, junto con Moldavia y Transilvania integra la Rumanía moderna creada en 1918. Ahí, el viajero curioso encontrará seguramente al monje Emilian, o, tal vez, a su sucesor, siempre dispuesto a enseñarle la tumba de Drácula y contarle su verdadera historia y hazañas, o sea, las del vaivoda o príncipe rumano Vlad de Valaquia, apodado *Țepeș* (“el Empalador”), y convertido por la leyenda en el macabro conde Drácula de Bistrița.

Los historiadores sitúan la fecha de nacimiento del vaivoda entre 1428 y 1431. Según algunos investigadores, Vlad habría nacido en la ciudad alemana de Nuremberg; según muchos otros, que se basan en testimonios irrefutables, nació en Sighișoara, burgo del centro de Transilvania, construido por los comerciantes sajones que tenían negocios en ese principado y en Valaquia. En esa ciudad se conserva hasta hoy una casa que perteneció a su padre. Pasó su infancia en el ambiente sajón de Sighișoara, que, además, no le era ajeno, ya que su padre, llamado también Vlad, noble valaco de alta alcurnia, príncipe de Valaquia a partir de 1442, era caballero de la importante Orden del Dragón del Sacro Imperio Romano-Germánico. Sus súbditos, especialmente los siervos de la gleba, le habían apodado “Dracul” (“el Diablo”). Algunos opinan que ese apodo se debe a su triste fama de persona malvada, cruel, que castigaba con duras penas a sus vasallos por la menor desobediencia. Las crónicas relatan que los calabozos de su castillo estaban siempre repletos, y que por las noches se oían los gemidos de los encarcelados y el apagado tintineo de sus cadenas. Otros afirman que el apodo se debe al manto negro de caballero de la Orden del Dragón. No podemos descartar, no obstante, otra explicación: la posible confusión entre las palabras “dragón” (al. *dragoner*) y rum. “dracul”. Modrussa, legado papal en la Corte del rey húngaro Matías Corvino, contemporáneo de Vlad, escribe en sus memorias: “Dracul, nombre con el cual ellos [los rumanos] llaman al diablo” (Modrussiense 1937). Es verdad que la palabra rumana “dracul” tiene la misma etimolo-

gía que el vocablo “el dragón” (lat. *draco, dracone*), lo que, además de cierta semejanza fonética de los dos términos, pudo originar la confusión. Los tres hijos de “Dracul” heredaron el apodo del padre: en la historiografía otomana aparecen con el sobrenombre de “Draculea” (con la variante “Drácula” en el Occidente), es decir ‘el hijo de Dracul’ (en el rumano antiguo los antropónimos terminados en *-lea* significan ‘hijo de...’).

Vástago de un príncipe, Vlad era también nieto de los grandes vaivodas Mircea el Viejo de Valaquia (en línea paterna) y Alejandro el Bueno de Moldavia (en línea materna), personalidades que desempeñaron un papel importantísimo en el desarrollo de sus principados y en la lucha contra la expansión otomana en Europa. Gozó, por tanto, de una educación de tipo occidental, digna de su rango y de acuerdo con las normas de la época. Aprendió la vida cortesana como paje, pero también a leer y escribir, nociones de aritmética, geometría, astrología y versificación, así como a tocar varios instrumentos.

En 1442, el príncipe Vlad Dracul fue encarcelado por el sultán Murat II en Galipoli junto a sus dos hijos menores, Vlad y Radu, futuros príncipes de Valaquia, conocidos más tarde como Vlad Țepeș y Radu cel Frumos (“el Bello”), respectivamente. Un año después, en 1443, Vlad Dracul logró obtener el perdón del sultán y ocupó de nuevo el trono de Valaquia, a cambio de varios compromisos, entre ellos, dejar a sus hijos menores como rehenes en la Corte turca.

Llegados a este punto, quizás sea necesario un inciso para aclarar que en la historia de la Sublime Puerta Otomana y de muchas cortes europeas, el procedimiento era frecuente. Los sultanes lo practicaban con todos sus vasallos: todo rey o príncipe cuyo trono dependía del sultán o su camarilla, y accedía al trono, generalmente, a cambio de humillantes compromisos y cuantiosos obsequios, era obligado a enviar a la Corte del sultán a uno o varios rehenes, parientes muy cercanos, generalmente hijos o hermanos, que, en base a unos *abtnamés*, “tratados”, permanecían en Turquía como prisioneros mientras duraba el reinado del real pariente. Los tres principados rumanos, Valaquia, Moldavia y Transilvania nunca fueron ocupados por los turcos o integrados al Imperio Otomano. Sin embargo, hubo un largo período en que se vieron obligados a pagarle tributo. Además, la Sublime Puerta intervenía abiertamente en la política

interna de los tres países rumanos siempre que atisbaba la menor posibilidad de beneficios económicos o políticos.

Los dos hermanos, Vlad y Radu, fueron enviados a Egrigöz, una ciudadela de la meseta de Anatolia, lugar austero, rodeado de un paisaje casi salvaje, lejos del mundo civilizado (Florescu, McNally 1992: 29-33). Más tarde, Vlad fue trasladado a Tokat, y luego, a uno de los pabellones de Edirne, residencia del heredero del trono otomano, el futuro sultán Mehmet II el Conquistador. Tuvo allí como compañeros, entre otros, a uno de los hijos del último duque de Atenas, Francesco Acciaiuoli, a un porfirogeneto de la ilustre prosapia de Alejo Comneno, así como a muchos hijos de emires y kanes timúrides y karamanes. En este ambiente, en el séquito del joven Mehmet, Vlad completó su instrucción con nociones de táctica y estrategia típicas del ejército otomano, y aprendió muchas de las reglas y normas de esa sociedad oriental, inclusive la crueldad que debía mostrar todo soldado del Profeta para con sus enemigos. En ese medio se fueron forjando el carácter y la personalidad de Vlad: perverso y cambiante, de un cinismo bizantino. “[...] A partir de aquellos días, Drácula no hubo ni la más mínima consideración para la vida humana [...] en definitiva, la suya también se encontraba bajo una amenaza permanente” (Florescu, McNally 1992: 31).

Cuando unos años más tarde, su padre y su hermano mayor, Mircea, morirían asesinados, el futuro vaivoda decidió no confiar en nadie, y menos aun en los turcos. Es muy probable que se sintiese invadido por la sed de vengarse. Porque durante su reinado, Drácula pondría en práctica todo lo que había aprendido en sus años de cautiverio. Según las crónicas de la época, a sus enemigos —boyardos infieles y traidores, inclusive familiares, adversarios políticos, clérigos, ladrones y vagabundos, campesinos y soldados, representantes de las potencias extranjeras, y comerciantes rumanos y sajones que no respetaban las leyes—, pero especialmente a los prisioneros de guerra —y sus guerras fueron siempre contra los turcos— les infligía la misma pena: los empalaba vivos. Por eso fue apodado “el Empalador”. A veces, con los ladrones se mostraba más generoso: se limitaba a cortarles la mano derecha. Las crónicas turcas le describen como “violento, desobediente y brutal, de carácter fuerte”.

Drácula regresó a Valaquia en 1445. Durante más de dos largos años tuvo que contemplar impotente las luchas intestinas entre las distintas

facciones de boyardos autóctonos, y los asesinatos de su padre y su hermano mayor, hasta que, en octubre de 1448, fue coronado vaivoda de Valaquia, por pocos meses, ya otro pretendiente al trono le obligó a abandonar el país. Vlad se refugió a la Corte de Moldavia, cuyo vaivoda era pariente suyo. Quedó en Moldavia hasta 1451. En ese período se consolidó su fuerte amistad con su primo, el futuro príncipe Esteban el Grande (1457-1504), uno de los más destacados vaivodas rumanos, reconocido en toda Europa a lo largo de su casi medio siglo de reinado, como campeón del cristianismo en la lucha contra el poder otomano. Juntos se perfeccionaron en el arte militar y aprendieron el arte de reinar, anteponiendo la justicia y la firmeza a las intrigas e intereses de los nobles. También juntos se vieron obligados a huir de Moldavia y a refugiarse a la Corte de Janos Huniady, cuando los boyardos enemigos de la familia de Esteban organizaron un complot contra el padre de éste.

Entre 1451 y 1456, Vlad vivió en Transilvania, en la Corte de Janos Hunyadi, quien había urdido el asesinato del padre de Vlad. Pero los caminos de la política son tortuosos. Vlad necesitaba el apoyo de Hunyadi para volver a ocupar el trono de Valaquia; y al príncipe transilvano le interesaba tener a alguien de su confianza en el país vecino. Durante esos años, Hunyadi fue su mentor político e instructor militar. Con la ayuda del príncipe transilvano, Vlad logró subir de nuevo al trono valaco, en 1456, cuando comenzó su verdadero reinado, que duró algo más de seis años.

El mayor deseo de Vlad era liberar el país de la dominación otomana. No contaba con muchos apoyos, ya que su único aliado en la región, el príncipe Janos Huniady, había fallecido, el mismo año, 1456, en la campaña de Belgrado contra los turcos. Vlad comprendió que para enfrentarse al gran imperio musulmán necesitaba un país seguro. Esas fueron las dos coordenadas en que basó su política: por un lado, instaurar y consolidar una monarquía absoluta; por otro lado, garantizar la independencia del país, luchando contra el arrollador peligro musulmán. Con estos fines, se esforzó por fortalecer el poder central, controlar a los grandes boyardos, poner fin a sus intrigas políticas y rebeliones motivadas por ambiciones personales, y crear un ambiente de equilibrio y paz en el interior del país. No olvidemos que corría el siglo XV, y que muchos soberanos europeos enfrentados a las tendencias centrífugas de los feudales tenían el mismo

problema: crear o reforzar un estado centralizado. Muchos de los grandes nobles de los principados rumanos, movidos por sus propios intereses y en defensa de sus grandes privilegios, habían tomado la costumbre de intervenir directamente en las Cortes de Constantinopla o Buda (capital del reino de Hungría) para sustituir a un príncipe incómodo con otro de su agrado.

Para cumplir con el primer objetivo, el príncipe dedicó sus primeros esfuerzos a importantes reformas internas, mediante una intensa actividad de asentamiento de las instituciones estatales. Castigó duramente la corrupción, el robo, la injusticia. Erradicó los abusos. Estimuló la producción y el comercio interior, cancelando los privilegios de los comerciantes sajones de Braşov, Sibiu y Făgăraş, ciudades de Transilvania, muy cercanas a la frontera con Valaquia. Creó y organizó un ejército fuerte y disciplinado. Los métodos fueron durísimos. Vlad llegó incluso a cruzar la frontera con Transilvania, para castigar a los comerciantes sajones y borró de la faz de la tierra poblaciones enteras, en auténticas campañas de represalia. También es verdad que los sajones de Braşov y Sibiu ofrecían su apoyo a los distintos pretendientes al trono de Vlad, aunque entre Transilvania y Valaquia existía un tratado de amistad. Y, según las crónicas del tiempo no escasearon los intentos de con el apoyo de los turcos y de los propios nobles rumanos, descontentos con su manera absolutista de gobernar.

En poco tiempo, la política de Vlad dio los frutos esperados: Valaquia llegó a tener una economía floreciente, un comercio en pleno desarrollo, caminos seguros, y un ejército bien organizado y disciplinado. Incluso los boyardos descontentos dejaron de confabular con las potencias extranjeras contra el vaivoda. Pero su dureza y crueldad le valieron al príncipe rumano una triste fama que fue la semilla de la leyenda negra de Drácula.

En esas condiciones económicas y políticas, Vlad, seguro de sí, se rebeló contra el Imperio Otomano y dejó de pagar el tributo estipulado por el tratado que él mismo había firmado al principio de su reinado: 500 niños para las escuelas de jenízaros, y 10.000 ducados de oro al año. Ante una afrenta tan grave, después de esperar tres años, el sultán decidió tomar medidas drásticas. Envío a Hamza-bey, bajá de Vidino (Bulgaria de hoy), a Giurgiu (ciudad rumana de la orilla izquierda del Danubio, río que

hacia de frontera natural entre Valaquia y Turquía) con la orden de traer a Vlad a Constantinopla si no aceptaba pagar el tributo. Según algunos historiadores, parece que al sultán le irritaba más la nueva alianza pactada por Vlad con Matías Corvino, hijo de Janos Huniady y rey católico de Hungría, que la violación del tratado por parte de Vlad. El mensajero turco intentó tenderle una trampa a Vlad para llevarlo a Constantinopla, pero éste atacó a los turcos, los capturó y los empaló. Las crónicas cuentan que a Hamza-bey le reservó un palo más alto, de acuerdo con su rango. Inmediatamente después, cruzó el Danubio, atacó las fortalezas y ciudades turcas, las incendió, asesinó a los turcos y se llevó consigo a los cristianos que querían escapar. Para el sultán, ese acto de desobediencia fue la gota que colmó el vaso.

Para entender mejor la magnitud de los acontecimientos de la época a nivel europeo, recordemos que, en 1462, gran parte de Grecia (las provincias Tracia, Tesalia y Macedonia), así como Bulgaria y Serbia habían sido integradas, como bajalatos, al Imperio Otomano. Constantinopla había sido conquistada en 1453, y Europa asistía impotente y preocupada al avance del Semilunio y el creciente poder del Imperio Otomano. El Papa Pío II (el gran sabio Eneas Silvio Piccolomini) animaba a los soberanos europeos a organizar una cruzada contra los infieles, considerada la única salvación de la cristiandad. Los poderes occidentales y el Santo Padre confiaban de manera particular en el rey Matías Corvino, considerado baluarte del catolicismo en Oriente, quien prometió que participaría en la guerra antiotomana con un ejército de 40.000 soldados. Pío II le envió 40.000 ducados de oro para preparar este ejército, pero, los países europeos no se pusieron de acuerdo sobre la futura campaña militar.

En este contexto histórico se produjo el ataque de Vlad contra las fortalezas turcas del Danubio. Consciente de las consecuencias, el príncipe valaco mandó cartas a todos los soberanos europeos pidiéndoles que participasen en la guerra santa contra “los paganos”. Sin embargo, aquellos no le hicieron caso. Ni siquiera el rey húngaro que confesaba al Papa que Vlad era su “protegido”.

En 1462, Mehmet II el Conquistador, deseoso de castigar al rebelde y de convertir los principados rumanos en bajalatos, decidió invadir Valaquia. El sultán supervisó los preparativos de la campaña y dirigió personalmente

las operaciones de represalias. El sultán cruzó el Danubio con unos 80.000 soldados (según el bien informado cronista bizantino Chalkokondilos) o unos 300.000 (según Tursun-bey, el cronista personal del sultán, que acompañó al soberano turco en aquella campaña), además de los hombres embarcados en 25 trirremes y otros 150 barcos, que avanzaban por el Danubio (Chalkokondilos 1843). El ejército valaco contaba con 22.000 soldados.

Los turcos invadieron el país y se dirigieron hacia la capital, Târgoviște. El príncipe rumano recurrió a una guerra de escaramuzas: acechaba y atacaba a los grupos que se alejaban del grueso de las tropas en busca de alimentos y agua, incendiaba los campos, mataba el ganado, envenenaba las fuentes de agua, se retiraba para volver a atacar, y las tropas otomanas se veían cada vez más amenazadas por un enemigo casi invisible. El jenízaro serbio Constantino de Ostrovița, participante en la expedición, describe el estado de ánimo de las tropas turcas en sus memorias:

se había apoderado de nosotros un pavor indescriptible, a pesar de que el vaidoda rumano tenía una hueste pequeña; estábamos todo el tiempo con mucho miedo y cada noche nos sepultábamos en zanjas y aun así estábamos preocupados (Oancea 2003: 21).

Vlad pensó que aquél era un buen momento para un ataque por sorpresa. Y en la noche del 16 al 17 de junio, según Chalkokondilos, el mismo príncipe, disfrazado de turco, penetró en el campo enemigo encabezando a unos 7.000-10.000 jinetes, “en perfecto orden y bien organizados”, en busca de la tienda del sultán. Pero, se equivocaron de tienda. Empezó la lucha. El pánico y el desorden reinaban en todo el campamento. Los soldados del sultán, confundidos, se mataron entre ellos, pero el sultán se salvó.

[...] después de haber producido una matanza increíble, sin haber perdido en un choque tan grande a muchos de los suyos, pero sí con bastante heridos, Drácula dejó el campo enemigo antes del amanecer, volviendo a las mismas montañas de donde había venido, sin que alguien se atreviera a seguirlo, tantos dolores de cabeza les había dado y tanto les había horrorizado a los turcos (Modrussiense 1937).

El sultán, sin embargo, continuó su marcha hacia la capital valaca. A lo largo del camino se encontró, horrorizado, con un bosque de palos, ancho de un kilómetro y largo de unos tres. En cada palo había un soldado turco, sumando un total de 20.000, matados por el ejército rumano desde la invasión de Valaquia.

Finalmente, el genio militar de Vlad, o quizás el efecto psicológico de todo lo que había visto, obligó al Gran Turbante, como se apodaba el conquistador de Constantinopla, a huir con todo su ejército. “No puedo conquistar el país de un hombre que hace cosas tan grandes [...]”, habría dicho el sultán antes de retirarse, según Chalkokondilos (1843).

A pesar de esa sonante victoria, la situación en el país era insegura y Vlad decidió cruzar los Cárpatos, en busca de refugio y refuerzos, sobre todo porque su aliado y pariente, Matías Corvino se hallaba cerca, en Braşov, ciudad fronteriza de Transilvania. Pero llegado allí, fue encarcelado por orden del mismo rey de Hungría.

Es muy probable que nunca lleguemos a saber la verdadera causa de esa decisión de Matías Corvino. Lo que sí se sabe con certeza es que los antiguos enemigos de Vlad, los comerciantes sajones, tramaron un complot y le presentaron al rey una carta falsa, escrita supuestamente por Vlad Ţepeş y dirigida al sultán, en la cual el príncipe rumano juraba fidelidad a la Sublime Puerta y se comprometía a entregarle Hungría y Transilvania. Matías Corvino creyó con demasiada facilidad lo escrito en la carta, para que algunos historiadores no pensarán en otras razones ocultas bajo el pretexto ofrecido por los sajones: entre otras, que al rey de Hungría, también príncipe rumano, le molestaba la creciente popularidad de Vlad, que amenazaba con ensombrecer su magnificencia.

Así comenzó otro período en la azarosa vida de Vlad “el Empalador”, hijo del Diablo, que recuerda la historia de Ricardo, Corazón de León. Unos días estuvo encarcelado en el castillo de Bran, en los Cárpatos Meridionales, a unos 40 kms de la ciudad de Braşov, castillo que las agencias de viaje y los tours operadores presentan como el castillo del Conde Drácula. Se trata más bien de una fortaleza fronteriza construida sobre un escarpado peñasco que domina el desfiladero por donde serpentea uno de los caminos más antiguos que unen Transilvania y Valaquia, utilizado ya en los años 1215-1230 por los caballeros teutónicos. Después, fue

cambiando de cárceles: Alba, en el centro de Transilvania, Buda, y, finalmente, Višegrad, una fortaleza húngara a la orilla del Danubio, ex residencia real. Como en las novelas de caballería, Vlad fue prisionero de Matías durante casi trece largos años, mientras la decisión de Matías provocó muchos comentarios en la época y el desconcierto de sus contemporáneos, entre ellos, el mismo Antonio Bonfini, cronista oficial de Matías Corvino (Bonfini 1936-1941). Apenas en 1474, a insistencias de su primo, Esteban el Grande, príncipe de Moldavia, Vlad fue liberado, considerándose que fue un inestimable y probado aliado en la lucha sin tregua de los países rumanos contra la Sublime Puerta. En 1476, Matías envió a Vlad a luchar en Bosnia contra los turcos, junto a las tropas serbias y húngaras, y el valaco conquistó la ciudad de Sabac.

En noviembre de mismo año 1476, Vlad Țepeș subió de nuevo al trono del País Rumano, con el apoyo del rey húngaro. Pero el tercer reinado de Vlad, que podía haberse convertido en otro período de gloria para Valaquia, fue breve. Al cabo de un mes, el príncipe recién destronado volvió de su destierro con el apoyo del ejército turco, y Vlad, traicionado por los nobles rumanos turcófilos, fue asesinado a finales de 1476.

En la memoria colectiva del pueblo rumano, en los cuentos sobre Drácula, Vlad “el Empalador” quedó inmortalizado como una especie de justiciero, de Robin Hood valaco, cruel e implacable con los ricos, y bueno, generoso, y justo con los pobres. Naturalmente, es una visión exagerada, pero que debe interpretarse más bien como un intento de contrarrestar la imagen negativa creada por sus difamadores.

En la historia rumana, Vlad Țepeș ocupa un lugar importante como gobernante iniciador de reformas internas destinadas a fortalecer el gobierno central y como defensor de la libertad e independencia de Valaquia. Vlad fue un auténtico héroe nacional para los rumanos. La gente sencilla se sentía orgullosa con sus hazañas militares y su empeño de defender la independencia del país, oponiéndose con todos sus medios y fuerzas al gigante musulmán. Sin pertenecer a la galería de personalidades históricas rumanas de primera magnitud, como Mircea el Viejo, Alejandro el Bueno, Esteban el Grande o Miguel el Valiente, entre otros, Vlad Țepeș forma

parte indudablemente de la familia de las grandes figuras de la historia rumana y europea y adquiere la inmortalidad como personaje real, por sus propios méritos: un príncipe honesto y justo, luchador valiente al servicio de la patria, pero cruel y sangriento. Una personalidad carismática y controvertida, que se convertiría, ya durante su vida, en personaje de ficción y de leyenda.

En los retratos de la época que se conservan todavía, testimonio de la fama europea del vaivoda como personalidad de su tiempo, pero también de la leyenda que se iba forjando en torno a su persona, como el del Castillo de Ambras cerca de Innsbruck (tamaño natural, perteneciente a la colección de retratos de monstruos de Fernando II, archiduque de Tirol), del *Kunsthistorisches Museum* de Viena (una miniatura, probablemente una copia del retrato de Ambras), el de la Biblioteca de Stuttgart, o los de la ciudad rumana de Sibiu, y el monasterio de Snagov, aparece el rostro de un varón moreno, con guedeja azabache, ojos verdes, muy grandes, penetrantes, que parecen clavar la mirada en el interlocutor, de nariz aguileña y rasgos regulares, pero duros, como tallados en piedra. Casi siempre lleva un atuendo con los signos distintivos de la Orden del Dragón, y un gorro adornado con piedras preciosas.

Al conocer la historia verdadera de Vlad Țepeș “el Empalador”, no debe sorprendernos en absoluto que su personalidad tan carismática y su vida tan tormentosa hayan despertado y excitado la imaginación de sus coetáneos y de las generaciones siguientes, hasta convertirse en una leyenda.

Es sabido que la leyenda es un relato basado, generalmente, en datos reales, transformados, interpretados y desarrollados por los creadores anónimos. En muchos casos, la semilla de la leyenda germina casi simultáneamente con los sucesos y los personajes que la generan y es la proyección directa de los mismos en la conciencia colectiva. En otros casos, la leyenda tiene una gestación más lenta y aparece mucho tiempo después de los hechos reales, como una reinterpretación de las informaciones transmitidas por vía oral o escrita. Muchas leyendas quedan confinadas a la zona donde nacieron, pero son también muchas las que trascienden las fronteras locales, regionales o nacionales y pasan a formar parte del patri-

monio cultural universal, convirtiéndose en fuente de inspiración para escritores y artistas. Esas leyendas universales son un permanente e inagotable manantial para la literatura, el arte, la música y el cine, porque en cada época histórica, en cada región geográfica, y en cada dominio artístico, el motivo y el personaje de la leyenda son reinterpretados y contemplados desde distintas perspectivas, en función de la epistemología, cultura, civilización, religión, la interpretación de la realidad social, etc., del período, el lugar y el propio creador.

En la cultura europea existe un importante número de personajes legendarios que ha logrado superar los confines de su patria, las barreras del tiempo y, sobre todo, las fronteras entre literatura, arte, música y cine. Recordemos en este sentido solamente unos cuantos nombres como Edipo, Antígona, Electra, Medea, Narciso, Hércules, Pigmalión, Salomé, el Rey Arturo, el Cid, don Juan, Fausto, Hamlet, Romeo y Julieta, y tantos otros.

Vlad Țepeș, “el Empalador”, pertenece a aquellos personajes auténticos que se convierten en leyenda en su propia vida. No olvidemos que las hazañas del príncipe rumano aparecen descritas en varias crónicas y relatos de la época, rumanos y extranjeros, escritos en su vida o poco tiempo después, algunos ya mencionados, como las crónicas de Thuróczy, publicada en Nuremberg en 1534; Antonio Bonfini, que, con toda probabilidad, conoció personalmente al vaivoda rumano a partir de 1462; Chalkokondilos, quien nos ofrece el más completo relato sobre la campaña de Drácula contra Mehmet II; del propio Pio II, quien hace varias referencias y comentarios sobre Vlad, en sus *De Bello Turcorum et Hungarorum* (Bolonía, 1472) y en sus memorias publicadas en Roma en 1589; del bizantino Doukas; el polaco Dlugosz; o de Nicolás de Modrussa, más conocido como Niccolò Modrussense, quien, en su *Historia de Bellis Gotthorum*, obra inédita, a excepción de algunos fragmentos, afirma que escuchó el relato sobre las atrocidades cometidas por Vlad de la boca del mismo rey Matías. Sin embargo, este último nos ofrece también un retrato literario único y completo del príncipe (Modrussense 1937). Hablan del vaivoda rumano también Constantino de Ostrovița, participante directo en la batalla de 1462; Tursun-bey, testigo ocular de la misma batalla; Jehan de Wavrin, caballero borgoñés, quien participó en las cruzadas contra los turcos y nos dejó

sus recuerdos en *Anciennes chroniques d'Angleterre par Jehan de Wavrin, seigneur de Forestel* (Iorga 1927); o el peregrino William Wey (Pall 1945; Tappe 1964).

Después de la muerte del vaivoda, en las últimas décadas del siglo XV y, luego, durante los siglos XVI-XVIII, se publican varias obras históricas, como las de Bacignoli, Calimachus, Buonaccorsi, que le presentan como un defensor de la independencia de su patria, cuyas hazañas militares deberían servir de ejemplo. Calimachus compara al príncipe rumano con el célebre Scandenberg, otro gran luchador antiotomano (Oancea 2003), y un siglo más tarde, especialistas en historia militar lo consideran *un des plus grands capitaines de son siècle, comparable à Sartorius*, como apreciaba en 1727 Michel de Follard en su *Histoire de Polybe*.

El gran escritor polaco Adam Mickiewicz, describe a Vlad, en un curso de literatura eslava en la Universidad de Sorbona, impartido en 1841-1842, como un vaivoda valiente, astuto, entregado a su país y a su pueblo. Sin embargo, el conocido orientalista húngaro J. Hammer, en su *Histoire de l'Empire Ottoman* (Paris, 1836), lo considera *une honte de l'humanité*.

Siglos después de su desaparición, el famoso vaivoda rumano sigue siendo una personalidad controvertida y centro de atención de los historiadores. Algunos lo consideran cruel, cínico, o enfermo psíquico que mata por el placer de matar. Otros aprecian que su dureza, crueldad, y castigos eran justificados, tenían una motivación precisa, y que hay que juzgarlo en el ámbito de su época, porque era hombre de su época.

En el siglo pasado, numerosos investigadores rumanos como Ștefan Andreescu, Nicolae Stoicescu, Radu Ștefan Ciobanu, Ion Stăvăruș, Pandele Olteanu, y sobre todo Mihail Guboglu y M. Mehmet (*Crónicas turcas sobre los principados rumanos*) han publicado libros y estudios dedicados a la personalidad del príncipe Vlad, que se convirtieron en obligadas referencias para los especialistas y los interesados por la historia. Fuera de Rumanía, también se han publicado estudios importantes como los del italiano Gianfranco Giraudo (*Dracula. Contributi alla storia delle idee politiche nell'Europa Orientale alla svolta del XV secolo*, Venecia, 1972), los norteamericanos Radu Florescu y Raymond T. Mc.Nally (*In search of Dracula. A true history of Dracula and vampire legends*, 1972), los alemanes R.P. Martin (*Der Leben des Fürsten Vlad Țepeș*, 1980), Dieter Marmening (*Der Anfang von*

Dracule – Zur Geschichte von Geschichten, 1980), o el historiador alemán de origen rumano Marius Oniceanu (*Dracula – Kreuzritter- Legende – Wahrheit* ‘Drácula – Cruzado – Leyenda – Verdad’, 1985). Todos demuestran, en palabras de Oniceanu (1990), que la historia va ganando la batalla contra la ficción, al destacar que Vlad no fue un loco, o un monstruo, sino un auténtico cruzado que luchó contra la expansión del islamismo.

Parece que el más antiguo documento que podríamos llamar “literario” sobre el príncipe valaco, donde apuntan ya muchos elementos fantásticos que alimentarían luego la leyenda creada en torno al personaje, es el del Convento Saint Gall de Suiza, escrito en un dialecto alemán, probablemente, en 1462, por uno o varios frailes llegados de Transilvania. Este relato, conocido con el título *Los cuentos alemanes sobre Drácula*, es una especie de libelo difamador, si no redactado, al menos inspirado por los comerciantes sajones de Transilvania, declarados enemigos de Vlad tras las represalias del príncipe como respuesta por su deslealtad y en defensa de la política proteccionista para con los comerciantes de Valaquia (Ebendorfer 1890-1894: 202-204). Parece que “las narraciones germánicas” tuvieron como centro de difusión la Corte real de Buda, y empezaron a circular por toda Europa en los años 1462-1463, durante la vida de Vlad. Según la opinión de Hubay (1948), el rey húngaro las utilizó como un argumento más (al lado de la dudosa carta de traición) para justificar el arresto de Vlad.

El panfleto fue el elemento básico de la génesis de la leyenda negra y la terrorífica imagen del príncipe rumano: salvaje, sádico, cruel, sediento de sangre, diabólico. Sabemos que en 1499, Ambrosius Huber lo había publicado como librito, en Nurenberg, con el título *Sobre el salvaje, sangriento y fanático Drácula vaivoda*; en 1500, Matthias Hupfuff publicó otra edición, en Estrasburgo (Florescu, McNally 1992: 153). En la primera página se lee:

Éste es el comienzo de un tremendo relato sobre un hombre salvaje, sediento de sangre, Drácula vaivoda. Sobre la manera en que empalaba a los hombres, los asaba y cocinaba sus cabezas en una caldera, los despellejaba vivos y los cortaba en pedazos como la col. También asaba a los niños arrancados del

seno de sus madres y a éstas las obligaba a comerse a sus propios hijos. Y muchas otras cosas estremecedoras están escritas en ese folleto y en otros publicados en el país donde reinó (Ap. Florescu, McNally 1992: 85).

El folleto está adornado con varios grabados que representan al vaivoda en las más horribles hipóstasis: castigando a los malhechores con terribles suplicios, o almorzando imperturbable delante de un bosque de palos plantados en el suelo, en los que están clavados sendos cuerpos humanos: el palo les entra por el trasero y les sale por la boca.

El investigador alemán Striedter (1961-1962) establece que hasta 1530, se publicaron 13 ediciones del folleto solamente en Alemania (en Bamberg, Augsburgo, Estrasburgo, Leipzig, Hamburgo y Lübeck), muestra clara del éxito de la obra y del gusto morboso de la época.

El trovador Michael Beheim, sajón transilvano, se inspiró en el mismo folleto para su poema “Sobre una fiera llamada Drácula Vaivoda”, escrito en 1463, en Wiener-Neustadt (Beheim 1968). Los mismos cuentos sobre las atrocidades de Drácula los publicará también Münster en su *Cosmografía*, aproximadamente un siglo más tarde (Münster 1572).

No deja de sorprender el profundo contraste entre el punto de vista de los cronistas e historiadores y la visión literaria ofrecida por “los cuentos alemanes”, que siguieron publicándose hasta finales del siglo XVI.

También durante la vida de Vlad empezaron a publicarse *Los cuentos eslavos* o *rusos*, bastante diferentes de los relatos germánicos en cuanto al contenido y tono. A Vlad se le presenta como a un príncipe muy severo, de temperamento colérico, apasionado, pero como “un gran señor”, justo, honesto y valiente, luchador por la defensa de su patria y de la Cristiandad.

Varios investigadores como Striedter (1961-1962) o Lurie (1964) aprecian que tanto “los cuentos alemanes”, como “los cuentos rusos” parten de una fuente común: la creación oral, folclórica, que los diferentes autores trataron de manera distinta, subjetiva, de acuerdo con sus intereses y actitud hacia el personaje: los cuentos alemanes son netamente difamadores, hostiles, porque los sajones habían sufrido las represalias de Vlad; mientras los cuentos rusos son más objetivos, aunque no dejan de subrayar el cruento carácter del vaivoda; no debemos olvidar que los rusos tampoco le querían mucho, porque Vlad había adoptado la religión católica (Florescu, McNally 1992: 43).

En el siglo XIX, como era de esperar, los románticos redescubren a Vlad Țepeș, personaje que encarnaba, desde distintos puntos de vista, muchos de los ideales del movimiento. Victor Hugo le dedicó una estrofa en el poema “Sultán Murat”:

*Vlad, boyard de Travis, appelé Belzebuth
Refuse de payer au sultan son tribut
Prend l'ambassade turque et la fait perir toute
Sur trente pals, plantés aux deux bords d'une route.*

Y otro gran romántico, el rumano, Mihail Eminescu, le dedica unos versos nostálgicos en uno de sus más conocidos poemas, “Epístola III”:

¿Por qué tú no vienes, Țepeș? ¡Agarrarlos que proclames,
Dividirlos en dos bandas, en dementes e infames.

El que convertiría a Vlad Țepeș en auténtico personaje literario, lanzándole a la cima de la fama será, no obstante, un escritor que no pertenece a la ilustre galería de los más renombrados: el irlandés Bram (Abraham) Stoker. Él tiene el mérito de haber creado, en 1897, cuando ya tenía cincuenta años, al personaje Drácula, en su novela homónima, única por su destino literario y cinematográfico. Stoker convierte al vaivoda en vampiro, y le confiere, de este modo, otro tipo de inmortalidad, como ser eterno, que no envejece y nunca muere. Como tal, Drácula se convierte en un nuevo personaje literario, de mucha más fama que el inspirado en el personaje real, histórico. La novela *Drácula* representa la coronación de los intentos literarios de Stoker a la sombra del gran Shaw, y, efectivamente, convirtió al irlandés en un verdadero clásico del género, con un sinfín de epígonos.

Stoker vivió la mayor parte de su vida en Londres. Fue amigo de George Bernard Shaw y del actor no menos famoso Sir Henry Irving, cuyo secretario particular fue durante veintisiete años. Los tres fueron miembros de la Sociedad “Golden Daw”, que despertó el interés de la intelectualidad victoriana por el ocultismo y los poderes iniciáticos. También tuvo buenas relaciones con otras personalidades de la época como Dante Gabriel Rossetti y James McNeill Whistler.

Varios investigadores se han preguntado por qué transforma Stoker al personaje histórico Vlad en un vampiro; y si transforma a un personaje real en uno de ficción, o crea un personaje de ficción basándose en varios personajes reales.

El vampirismo, emanación ocultista emparentada con la magia, la cábala, el espiritismo, tiene raíces muy remotas. Parece que la creencia en los vampiros nació en Babilonia, Caldea y Asiria, pero se difundió en muchos países, desde Siria, Turquía, Armenia, Serbia y Grecia, hasta Rusia, Birmania e India. Existe esa creencia también en algunos países hispanoamericanos, pero es difícil establecer su filiación con el vampirismo oriental. Según algunos estudiosos, la creencia perdura todavía hoy en algunas zonas aisladas del Planeta.

Con respecto a la etimología de la palabra “vampiro” hay dos teorías: una defiende el origen serbio-búlgaro (F.S. Krauss), y otra, el origen turco de la misma (A. Jelinek). Coromines (1980-1991) cree que el vocablo es de origen serbio-croata, común con el húngaro, de donde pasó al alemán. En inglés y francés procede del alemán, y se documenta en 1734 y 1751, respectivamente. La mayoría de las demás lenguas europeas tomaron la palabra del francés.

El rasgo fundamental del vampirismo es la capacidad del vampiro de peregrinar libremente por la noche, en el espacio y el tiempo, en búsqueda de víctimas inocentes, a las que les chupa la sangre, en una especie de festín delirante, para convertirlas, después de asesinadas, en sendos vampiros. No se trata, por tanto, de una relación directa, de un pacto, con el diablo.

A comienzos del siglo XVIII, en varios países europeos se produjeron sucesos misteriosos, muertes y desapariciones inexplicables de personas, como los de las aldeas serbias de Kisolova y Medvegia, entre 1725 y 1732. Los médicos que estudiaron los casos mortales enviaron a la Corte imperial de Viena unos informes que, pronto, conferirían estatus oficial al vampirismo en Europa. Los periodistas hambrientos de noticias sensacionalistas explotaron en seguida ese rico e inagotable filón y llegaron incluso a desenterrar sucesos antiguos, como los narrados en la *Crónica inglesa* de William of Newburgh, o la *Crónica bohemia* de Wenceslaw Hajek sobre la mujer de un alfarero que se había convertido en vampiresa en el

anno domini 1345. En poco tiempo, el vampirismo penetró en la literatura europea como tema con ilimitadas e enjundiosas posibilidades; y encontró un terreno especialmente fértil en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

Parece que el ambiente literario inglés esperaba esa semilla y le había preparado un caldo de cultivo propicio. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, Thomas Leland y, particularmente, Sir Horace Walpole habían abierto el camino de la llamada novela “gótica” o “negra”, precursora de las modernas novelas de terror, con sus obras *Longsword* (1762) y la famosa *The Castle of Otranto* (1765), respectivamente. Siguieron esa vía escritores como Ann Word Radcliffe, con sus novelas *The romance of the forest*, *The mysteries of Udolpho*, *The Italian or the confessional of the black penitents*; el popularísimo y no menos macabro Matthew Gregory Lewis, con su célebre *Ambrosio, or the monk*; Edward Young, con su largo y nebuloso poema *The Complaints: or, night, thought on life, death and immortality*; y muchos otros, que representan una etapa bien definida en el prerromanticismo inglés. Lo que podría explicar la irresistible atracción que ejerció el vampirismo sobre tan destacados escritores del siglo XIX, como Lord Byron, Charlotte Brönte, Robert Browning, Charles Dickens, o George Eliot. Por tanto, no es de extrañar que el personaje Drácula, el vampiro, haya nacido en Inglaterra.

La leyenda en torno a la novela de Stoker cuenta que fue escrita cuando el novelista se despertó de una pesadilla provocada por la ingestión de unas ostras alteradas. Pero, anécdotas aparte, debemos reconocer que la novela tiene incuestionables cualidades dentro del género. Stoker crea un personaje romántico, especie de ángel caído, encarnación del Mal, buscando siempre nuevas víctimas, en permanente pugna con las fuerzas del Bien.

El argumento de la novela, en estilo epistolar, es muy conocido y no creemos necesario recordarlo. Sin embargo, consideramos interesante estudiar las fuentes en que se basó el irlandés al escribirla, es decir, si se inspiró en personajes reales o no; y, sobre todo, cómo llevó a cabo su documentación para dar vida a su vampiro. Parece que Stoker no recurrió a crónicas fidedignas o a obras históricas para reconstruir la figura del vaivoda rumano, sino a fuentes indirectas, de segunda mano. De hecho, como

hemos puesto de manifiesto en otra ocasión (Munteanu 1993), Stoker no se propuso escribir una novela histórica, y opinamos que ni siquiera tuvo la intención de identificar explícitamente a su protagonista con el príncipe Vlad, opinión compartida también por Oniceanu (1990). Basamos nuestra afirmación en varios fragmentos de la novela. En la conversación entre el Conde Drácula y Jonathan Harker, se habla del linaje szekely del primero, cuando todos los historiadores, antiguos y modernos, son unánimes en cuanto al origen eslavo-valaco de Vlad. En otra conversación, entre Abraham van Helsing (personaje en que podríamos reconocer al propio autor) y el profesor Arminius (personaje real, Arminius Vamberg, de Budapest, quien le proporcionó a Stoker muchos datos documentales), se hace referencia al príncipe rumano, como antepasado del Conde. Se dice que fue famoso en su época, que reinó en el país de allende los bosques, y se hizo famoso como valiente luchador contra los turcos. Van Helsing concluye que el príncipe rumano tuvo que ser una persona fuera de lo común, si después de tantos siglos se le recuerda como al más inteligente y valiente hombre de aquel país.

Bram Stoker no tomó como modelo la personalidad del vaivoda rumano Vlad Țepeș, pero sí, tomó prestado el nombre del príncipe para el protagonista de su novela, por su “sonoridad” y por estar cargado de recuerdos sombríos y sangrientos. Pero al darle el nombre de Vlad, de origen eslavo, a un conde (graf) szekely, cometió un error histórico garraful. Los szekelys son una rama de los magyares. Se establecieron en la parte sur-oriental de Transilvania, cuando el territorio fue conquistado por los húngaros de Arpad, en los siglos XI-XII. De acuerdo con sus propios intereses y los cambios políticos de la región, los szekelys fueron aliados o enemigos de los valacos, y siempre lucharon contra los turcos, bajo bandera valaca o transilvana.

Además, de las conversaciones con el profesor Vamberg, se ha comprobado que entre las fuentes literarias del irlandés figuraron títulos tan variados como “Los cuentos alemanes”, el poema de Beheim, la *Cosmografía* de Münster, pero también *Arabian nights*, antología de cuentos hindúes publicada por Sir Richard Burton, el libro de relatos *The Vampire* de John Polidori (1819), las novelas *Varney the vampire* de Thomas Preskett Prest (1847), *Carmilla* de Sheridan Le Fanu (1872), y, no en último lugar, un

libro de viaje del ex cónsul británico en los Países Rumanos, Wilkinson, a principios de los años 1820, en el cual se refiere en términos negativos a Vlad Țepeș. Ese libro conoció varias ediciones en inglés, francés e italiano, entre 1821 y 1830. Florescu, McNally (1992: 129-146) añaden también otras posibles fuentes, como *El país de más allá de los bosques* de E. Gerard (1888), sobre supersticiones rumanas, y *El libro con duendes* de Sabine Gould. De la obra de Sabine Gould, Stoker copió algunas caracterizaciones textualmente. En una versión de la novela, conservada en manuscrito, Jonathan Harker, en su viaje a Múnich, atraviesa una aldea desierta, donde en un castillo estaba encerrada una mujer-vampiro, la condesa Dolingen de Estyria (Oancea 2003).

Otra pregunta que se han planteado los estudiosos es por qué eligió Stoker Transilvania como lugar de origen del protagonista y de la acción de la novela.

A esta última pregunta, creo que se puede responder sin dificultades: primero, porque para los occidentales, era un lugar más remoto, más desconocido, por tanto más misterioso; segundo, porque, como el héroe llevaba el nombre de un príncipe rumano, lo más natural era ubicarlo en tierras y montañas rumanas (Oancea 2003).

Finalmente, quedaría por ver quién fue el modelo de Stoker para el personaje vampiro. Según las más recientes investigaciones, se trata de la conocida condesa Elisabeth (o Erszebet) Báthory (1560-1614) de la alta aristocracia austro-húngara. A su familia pertenecieron varios príncipes transilvanos, un cardenal, y el rey Esteban de Polonia (1575-1586). Sin embargo, su noble alcurnia no impidió que fuese acusada de haber matado a más de 650 doncellas, según algunos; sólo unas 60, según otros.

A principios del siglo XVII, los documentos de la época mencionan que el pastor Ponikenusz de la localidad de Csejthe (en la Eslovaquia de hoy), empezó a informar sistemática y constantemente a su superior sobre sucesos curiosos que parece que pasaban en el castillo de la condesa Báthory. En 1610, cuatro cuerpos de jóvenes mujeres fueron arrojados desde lo alto de las murallas del castillo y encontrados en los alrededores sin vida y totalmente desangrados. La bruja Marjorova atribuyó la muerte de las chicas a los vampiros de los bosques cercanos. El pánico cundió

en toda la región y la gente empezó a recordar otras desapariciones de mujeres jóvenes en años anteriores. Circulaba el rumor de que los cuerpos de algunas de ellas, que habían sido desenterrados, presentaban “un estado vampírico”. El rey Matías de Hungría ordenó que se abriera una investigación. El mismo año 1610, la guardia real entró en el castillo y descubrió el cadáver de una joven, totalmente exangüe, a otras doncellas torturadas en los calabozos, y unos cincuenta cadáveres de jóvenes mujeres enterrados en el mismo castillo.

Para comprender los hechos debemos regresar unos años atrás. En el castillo de Csejte, Elizabeth, por aburrimiento, había empezado a practicar la magia negra y a torturar a sus doncellas. Tras la muerte de su marido, el conde Nádasdy (1600) comenzó la época de las grandes atrocidades de la condesa.

Elizabeth temía la vejez y la fealdad que acarrea la senectud. Un día tuvo la impresión de que la sangre que goteaba del rostro de una de sus doncellas, tras haberla abofeteado, le rejuvenecía la piel; y pensó que la sangre joven era la clave de la belleza eterna. Sus criados de confianza mataron a la doncella, la descuartizaron, escurrieron la sangre, y la condesa tomó un baño de sangre virgen. Desde entonces, el ritual continuó.

Poco a poco, se desveló el misterio de los crímenes, se descubrieron las salas de tortura con sofisticadas máquinas, los actos de vampirismo, los baños de sangre de vírgenes y los crímenes rituales. Se confirmó que en cada castillo de la condesa (y tenía varios), había un auténtico laboratorio, o más bien una cámara de tortura.

En el proceso de 1611, la condesa negó todas las acusaciones y nunca fue condenada oficialmente por sus crímenes. Pero, por orden del rey, se le impuso una especie de cadena perpetua en soledad: fue obligada a vivir el resto de su vida en una habitación de la torre de su castillo, cuyas ventanas y puertas fueron amuralladas. Los criados de confianza de la condesa confesaron sus crímenes y fueron quemados en la hoguera. Los autos y toda la documentación del juicio se conservan todavía en los archivos húngaros. Y la condesa se convirtió también, con el paso del tiempo, en protagonista de varias obras literarias, como la de Sabine Gould antes citada. Según parece, la condesa —como personaje real o literario— tuvo adeptos y seguidores, según la mención de Patrick Süskind,

en su novela *El perfume*, cuya acción transcurre en el siglo XVIII. Allí se dice que el marqués de Cabris, organizaba “misas orgiásticas en sus bodegas, en cuyo transcurso bebía sangre de doncella para aumentar su potencia sexual” (Süskind 1992: 172).

Para McNally (1984), el gran hallazgo de Stoker es haber logrado una síntesis perfecta entre los dos personajes, sobre el telón de fondo de todas las otras fuentes consultadas. Stoker ha creado un personaje de ficción, en el que se entretajan rasgos de varios personajes, entre los que destacan la condesa Báthory. Porque, según él,

El verdadero modelo del personaje conde-vampiro de Stoker fue una mujer. Y por sus características diabólicas, terroríficas, necesitaba un nombre de resonancia. Y tuvo la suerte o la inteligencia de encontrarlo. Porque no podía escoger, creo, otro más apropiado que aquél que las equivocaciones de la traducción de un apodo heredado parecían haber preparado a la espera del personaje al cual coronó como a un verdadero príncipe del best seller: *Drácula* (McNally 1984).

La fama del príncipe valaco quedó totalmente ensombrecida por la de su homónimo vampiro. La suerte del personaje creado por Bram Stoker es verdaderamente singular, porque se publicaron numerosas ediciones de la novela *Drácula*, imitaciones, continuaciones, variaciones, adaptaciones teatrales y musicales, cuya mera enumeración llenaría varios folios. Recientemente, la escritora norteamericana de origen búlgaro, Elizabeth Kostova, publicó una interesantísima y muy documentada novela, *La Historiadora*. La protagonista descubre que es una descendiente de Drácula y está decidida a encontrarle y a demostrar que sigue vivo entre nosotros. Mencionamos también, como mera curiosidad, el musical homónimo creado por el compositor checo Karel Svoboda y el coreógrafo Richard Hes a principios de los noventa, con temas roqueros.

Llama la atención que la leyenda del conde-vampiro Drácula no tuvo, en cambio, ningún eco en la literatura rumana. Una posible explicación es que la creencia en los vampiros no está muy difundida en Rumanía. O mejor dicho, el concepto de vampirismo tiene connotaciones diferentes.

En la mitología rumana existe la creencia según la cual las almas que no encuentran la paz tras la muerte se convierten por la noche en anima-

les salvajes o fantasmas que persiguen a los vivos. Esas apariciones se llaman *strigoi*, probablemente creación en terreno rumano derivada del verbo *striga* ‘gritar’ + sufijo *-oi*. Rum. *Striga* < lat. **strigare* < lat. *strix*, *-gis* ‘buho’. Según Cioranescu (1958-1966), el étimo es lat. *striga* > rum. *strigă* ‘ser imaginario, especie de bruja, hada maligna’, como en it. *strega* ‘bruja’. Después, rum *strigă* > rum. *strigoi*. También se llaman *moroi* en algunas regiones del país, palabra que procede del esl. *mora* ‘maga’. Pero esas apariciones no tienen nada en común con los vampiros que se alimentan con sangre y se convierten en murciélagos gigantes por la noche.

Existe, en cambio, un singular mito sobre *zburătorul* ‘el volador’, que es un ser fantástico, maligno, pero de extraña y cautivadora belleza, que aparece por las noches en los sueños de las vírgenes y de las mujeres jóvenes, para atormentarlas con su presencia. Parece ser una creencia relativamente antigua, porque aparece mencionada en fuentes históricas a comienzos del siglo XVI (Munteanu 1993). El romanticismo rumano hizo de este personaje un héroe romántico: el ideal masculino de la mujer, la personificación del deseo o de la nostalgia de la mujer por el hombre amado. Así aparece en el poema “*Zburătorul*” de Ion Eliade Rădulescu. O, con implicaciones mucho más profundas, de tipo filosófico, en “*Lucaefărul*” (‘Hiperión’) y otros poemas del genial Mihai Eminescu, donde el personaje se identifica con Hiperión, dios y astro de la noche, dispuesto a renunciar a su condición de inmortal para ser amado por una mujer. Hiperión emprende un largo viaje cósmico, en el cual “miles de años transcurren en segundos”, para pedirle al Padre Supremo la mortalidad. Una idea completamente opuesta a la de la búsqueda de la inmortalidad simbolizada por el vampiro.

Existe en el folclore rumano otra obra con implicaciones cósmicas: un hermosísimo e interesantísimo cuento, en el que el protagonista, el Príncipe Azul, emprende un viaje en busca del “país de la juventud y de la vida eternas”. Cuando después de un tiempo, tras conseguir lo deseado, la nostalgia le determina a regresar a su tierra, se da cuenta que su ausencia, que a él le había parecido corta, había durado miles de años, y que ya no existe nada de lo que había dejado atrás al iniciar el viaje.

El personaje de Bram Stoker, en su variante original, o en las numerosísimas versiones que se publicaron y siguen publicándose, Drácula, el

conde-vampiro de Bistrița, fue desde finales del siglo XIX y sigue siendo hasta nuestros días una fuente inagotable para la cinematografía, sobre todo hollywoodiana.

Se han rodado alrededor de 200 películas sobre Drácula, según las diferentes fuentes consultadas. Probablemente, Drácula es la figura más popular del cine de terror, sobre todo en la filmografía de Hollywood. Evidentemente, sería tema de otra u otras conferencias analizarlas todas. Sin embargo, en ese recorrido por la vida, la leyenda, y la inmortalidad de Drácula, que se debe, en gran parte también al cine, no podemos dejar de recordar algunas de las más significativas. Cuentan entre ellas *Nosferatu, una sinfonía del gris*, realizada en 1922 por el prestigioso F.W. Murnau; *Drácula* (1931) y *La marca del vampiro* (1935), dirigidas por Tod Browning y protagonizadas por Bela Lugosi (1882-1956), actor de origen rumano, que ya había dado vida al Conde Drácula en una adaptación teatral en Broadway, en 1927. Habría que añadir otros títulos como *La hija de Drácula*, *El hijo de Drácula*, *El Vampiro*, *La mansión de Drácula*, *Drácula en Estambul*, *El retorno de Drácula*; así como creaciones de referencia en la filmografía de la década de los treinta, aun cuando no traten la historia de Drácula, sino de otros vampiros, como *La niña y el monstruo*, una de las primeras películas sonoras de Fritz Lang, con Peter Lore en el papel protagonista, o *El vampiro de Düsseldorf* (1931), en la que repite la pareja Fritz Lang, Peter Lore.

De esa sucinta retrospectiva no pueden faltar las once películas cuyo protagonista fue magistralmente interpretado por Christopher Lee, entre las que destacan *Drácula* de Terence Fischer (1958), con Peter Cushing como adversario, y *Drácula, père et fils* de Edouard Molinaro (1976). Otros títulos de obligada referencia cuando hablamos del vampirismo en el cine son: *Las novias de Drácula* (1960) y *Drácula, príncipe de las tinieblas* (1965), también de Terence Fischer; *El baile de los vampiros* (1967) dirigida por Roman Polanski, e interpretada por Jack MacGrawron y el mismo Polanski; la curiosa comedia *Drácula negro*, de William Marshall (1972); el *remake* de *Nosferatu* realizado por Werner Herzog, con Klaus Kinski en el papel principal; y la versión de John Badham de 1979, con Frank Langella y Laurence Olivier.

Más reciente, *Drácula de Bram Stoker*, firmada por Francis Ford Coppola (1993), marca un nuevo enfoque en la cinematografía sobre el personaje.

El film de Coppola se basa en un guión de James V. Hart, en que su autor trabajó unos trece años. Lo más destacado de ese guión es la fidelidad para con la novela de Stoker. Y creemos importante recordar que casi todas las versiones cinematográficas anteriores se basan en una dramatización de Hamilton Deane, que, por su propia naturaleza de obra teatral, prescindió de muchos elementos de la novela de Stoker y falseó en parte al personaje. En el guión de Hart, el conde-vampiro adquiere una importante dimensión humana: el amor. Drácula vive eternamente para reencontrar su único y eterno amor, a la única mujer que amó en su vida de mortal, y cree haber redescubierto en la persona de una joven norteamericana del siglo XIX. La película es singular por la dirección, la puesta en escena que mezcla elementos del cine de terror con escenas cargadas de sensualidad que frisa a veces el erotismo; y, no hay que olvidar la excelente interpretación de Gary Oldman en el papel protagonista, secundado por Winona Ryder, que encarna a la mujer de Vlad y a la joven norteamericana.

La última película en la que Drácula sigue siendo el centro de atención es *Van Helsing*, de Stephen Sommers (2004), director de las taquilleras películas *La momia* y *El regreso de la momia*. El personaje que da el nombre a la película está inspirado en el creado por Stoker. Pero en la película de Sommers, Van Helsing (Hugh Jackman), ayudado por Anna Valerious (Kate Beckinsale) lucharán contra el vampiro para librar a la familia de la chica de una antigua maldición, a la vez que se enfrentarán a otros eternos monstruos como el hombre lobo o la criatura de Frankenstein.

Desde que los restos mortales del príncipe Vlad Țepeș, “el Empalador”, hallaron su merecido y eterno descanso, han pasado más de cinco siglos. Sin embargo, Vlad sigue entre nosotros, por haber adquirido la inmortalidad de los hacedores de historia, de los ínclitos personajes que con sus ideas, obras o hechos han marcado el pasado y el presente de nuestra civilización y han sido merecedores de la atención de los investigadores, escritores y artistas.

Ha pasado también más de un siglo desde que Bram Stoker le confirió al príncipe Vlad la inmortalidad del alma en pena, del muerto viviente, del

vampiro que vive eternamente gracias a la sangre de sus víctimas, convirtiéndolo en el personaje literario Drácula. Desde entonces, Drácula vagabundea por el mundo, está siempre a nuestro lado, en editoriales, impresas, librerías, bibliotecas, escenarios y salas de cine, como si estuviera buscando permanentemente la paz que no lograría hallar nunca jamás.

Después de la larga y fatigosa convivencia con mortales e inmortales, cabe preguntarse —y estamos seguros que Drácula también estaría meditando sobre esa cuestión— si los humanos debemos aspirar a la inmortalidad y, en caso afirmativo, cuál sería la más deseada inmortalidad. Seguro, a nuestro juicio, y quizás lo mismo contestaría el príncipe: la que nos la confieren nuestra vida y hechos, la historia y la ficción generada por los ellos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BEHEIM, MICHAEL. 1968. *Die Gedichte des Michael Beheim*, herausgegeben von Hans Giele und Ingebord Spriewald, Berlin.
- BONFINI, ANTONIO. 1936-1941. *Rerum Hungaricum Decades...*, 4 vols., Leipzig [1ª ed. Completa, Basel, 1548].
- CHALKOKONDILOS, LEONIKOS. 1843. *Atheniensis historiarum, libri decem. Corpus scriptorum historiae Byzantinae*, Bonn [1ª ed, francesa, Rouen, 1577].
- CIORANESCU, ALEJANDRO. 1958-1966. *Diccionario etimológico rumano*, La Laguna: Universidad de La Laguna.
- COROMINES, J., PASCUAL, J.A. 1980-1991. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid: Gredos.
- DLUGOSZ, J. 1711-1712. *Historica Polonica libri XIII ab antiquissimus temporibus*, Leipzig.
- DOUKAS, MIHAIL. 1834. *Historia bizantina recognovit et interprete...*, Bonn.
- EBENDORFER, TH. 1890-1894. *Chronica regum Romanorum*. Mittheilungen des Institut's für osterreichische Geschichtsforschung, vol. 3, Innsbruck.
- FLORESCU, RADU, McNALLY, RAYMOND T. 1992. *În căutarea lui Dracula. O istorie adevărată a lui Dracula și a legendelor cu vampiri*. Traducere de Antoaneta Ralian, București: Editura Fundației Culturale Române.
- HUBAY, ILONA. 1948. *Egykorú újságok Drakula Vajdáról*, Budapest.
- IORGA, NICOLAE. 1927. *Les aventures "sarasines" des français de Bourgogne au XI ème siècle*, Cluj.

- 1937. *Histoire des roumains et de la romanité orientale*. Vol. 4. *Les chevaliers*, București.
- LURIE, I.S. 1964. *Povestí o Drácula*, Moskva-Leningrad.
- MCNALLY, RAYMOND T. 1984. *Drácula was a woman*, London.
- MODRUSSIENSE (MODRUSSA), NICCOLÒ. 1937. *Opere Minori*, ed. por G. Mercati, vol. 4, Vaticano.
- MÜNSTER, SEBASTIAN. 1572. *Cosmographiae Universales*, vol. 6, Basel.
- MUNTEANU, DAN. 1993. “Drácula: historia y leyenda”, *Diario de Las Palmas* 27.11.1993, pp. 32-33; 4.12.1993, pp. 32-33.
- OANCEA, STELIAN. 2003. “Vlad Țepeș – realidad y leyenda”, en Dan Munteanu Colán (coord.). *Imágenes y ficción. 8 ideaciones clave en la cultura occidental*, vol. 3, Las Palmas de Gran Canaria: Gobierno de Canarias, p. 15-33.
- ONICEANU, MARIUS. 1990. “Nici nebun, nici monstru, ci un cruciat: Vlad Țepeș”, *Curierul Românesc* 2, 20-21, 1.11.1990, p. 10.
- PALL, F. 1945. “Notes du pèlerin William Wey à propos des operations militaires des turcs en 1462”, *Revue Historique du Sud-Est Européen* 22 (1945), pp. 246-266.
- STOKER, BRAM. 1992. *Drácula*, Barcelona : Plaza & Janes Editores S.A.
- STRIEDTER, J. 1961-1962. “Die Erzählung von Walachischen Voyevoden Drácula in der russischen und deutschen Überlieferung”, *Zeitschrift für Slawische Philologie* 29 (1961-1962), pp. 398-427.
- SÜSKIND, PATRICK [1992]. *El perfume*, traducción de Pilar Giralt Gorina, Barcelona. RBA Editores.
- TAPPE, ERIC. 1964. *Documents concerning Romaninan histories, 1427-1601. Collected from the British Archives*, The Hague.
- THURÓCZY, I. 1534. *Der Hungren Chronica inballend wie sie anfenglich ins land kommen..., von ibrem esten König Abila*, Nürnberg.